

EDUARDO SUBIRATS: *Viaje al fin del paraíso*, Losada, Madrid, 2005. 197 páginas.

Estamos ante un pequeño libro de gran interés por diversas razones. Su autor es uno de los pensadores españoles más interesantes del momento. Un personaje curioso que ha sido premiado y ha tenido acceso a diversos medios de comunicación, pero que a la vez da la impresión de tener en contra a los que dirigen y controlan el mundo de la cultura que vende y de los padrinos académicos españoles. No conozco al autor más que de vista y no puedo añadir nada más allá de estas intuiciones. Su tono desengañado y ácido parecen apuntar en esta dirección.

*Viaje al fin del paraíso* agrupa dos ensayos —quizá estos ensayos sean agrupación a su vez de otros fragmentos— en los que Subirats reflexiona sobre el tratamiento de “los mundos culturales ibéricos y latinoamericanos por parte de la industria académica y cultural global” (p. 10). La crítica es muy profunda y a la vez dura con lo que el autor llama “las retóricas del *post-modern*, el *postcolonial* y los *cultural studies*” (p. 10) que pueblan las universidades anglosajonas. Apresurémonos a decir que uno de los méritos o valores de este libro es el estar escrito por un español cosmopolita que trabaja en la academia norteamericana y conoce desde dentro este mundo del que habla. Sin duda el autor es un excelente conocedor de la literatura española y latinoamericana y un teórico crítico orgulloso de ejercer la crítica de esa manera.

Es de apreciar en este libro su originalidad en el trato de los temas y su valentía para enfocarlos sin miedo a salirse del carril habitual. Sus conocimientos bibliográficos son muy amplios y su reflexión da muestras de ser producto de años de medi-

tación y dedicación apasionada. La manobra de poner en juego conocimientos de teoría literaria junto con otros de historia de las ideas o de la teoría del arte contemporáneo da resultados muy sugerentes y denota una inteligencia de primer orden. El análisis y la crítica que Subirats hace del realismo mágico latinoamericano, al que contrasta con el surrealismo europeo del siglo veinte, es un buen ejemplo de este criterio tan bien utilizado por el autor.

A Subirats le preocupa claramente la situación actual del mundo contemporáneo, pero sobre todo a partir de la inferioridad manifiesta de la cultura latinoamericana. Según él la ve, éste es un mundo de identidad conflictiva —a veces en los rincones del libro resuena el gran Américo Castro— en el que resulta problemático hasta encontrar para él una denominación de origen, sea hispánico, español, iberoamericano, latino u otros. La reflexión del autor sobre este punto es especialmente valiosa por su conocimiento y por la pasión, casi dolorosa, con la que la hace.

Otro punto de interés es su defensa de lo genuino del continente latinoamericano. Su estudio y defensa de las culturas autóctonas es una constante en el libro. La información resulta incesante y atractiva, pero en varias ocasiones llega a ser de excepcional interés, sobre todo porque está elaborada con una emoción sentida y muy culta que intenta poner a salvo tesoros culturales de la humanidad. Un ejemplo es su cita de los sacerdotes náhuas de Tenochtitlán, centro espiritual del antiguo México: “*Ieh mah ca timjqjcan*” (“que no muramos... aunque nuestros dioses hayan muerto”; p. 91), con toda la orfandad que

nos transmite. Subirats presenta las culturas coloniales como víctimas de una tradición cristiana europea belicosa, con sus dos vertientes: (i) la modalidad tiránica española a base de crueldad autoritaria y mesianismo cristiano (p. 163) y (ii) la empírico-crítica anglosajona, a la larga igualmente nefasta. A su desmontaje y evaluación política dedica buena parte del libro. En el transcurso de su pensamiento nos va dejando referencias y apreciaciones muy interesantes sobre la cultura latinoamericana que en sí mismas ya son una buena razón para leer con gusto este libro: sus alusiones bien traídas a Darcy Ribeiro, José María Arguedas o Roa Bastos con sus referencias a una visión global propia de la historia de las civilizaciones, o su recuerdo de obras emblemáticas de esa “visión negativa de la historia hispánica” como son *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias, o *Yo, el Supremo*, de Roa Bastos (p. 181).

La amplia cultura del autor, con experiencia vivida de lo que habla, nos aporta sugerencias sobre figuras latinoamericanas en el campo del arte cargadas de significación. Son ejemplos de esto la arquitectura de Lina Bo y su Centro cultural de Sao Paulo o el diseño de Brasilia con Lucio Costa, Oscar Niemeyer y Roberto Burle Marx, la pintura de Teresa do Amaral o la poesía de Oswald de Andrade. Brasil ocupa un lugar central en sus apreciaciones y no es casual y que considere a este país como el único capaz aún de ofrecer una plataforma de reconstrucción de un mundo hasta ahora frustrado.

Otro ala del libro, pequeño pero lleno de ideas e invitaciones, es su interés por el hispanismo. A Subirats le preocupa el esta-

do actual de subordinación de todo un mundo intercontinental que presenta una riqueza extraordinaria dentro y fuera de las lenguas, latinas y no latinas, que lo articulan. Con coraje profundiza en las raíces de esa Conquista que tanto le desagrada y a la que claramente ve, a través de citas, como “acción de bandidos” o extirpación violenta de mundos inocentes. Una trayectoria perversa y homicida que ha desembocado en resultados un tanto desoladores: dictaduras fascistas, el espectáculo cultural postmoderno —en esencia norteamericano (Jameson)— culturas híbridas desorientadas, realidad postpolítica “y el colofón terminal de una edad posthumana” (p. 145). Subirats ve el mundo latinoamericano como “un gran naufragio” (Ibidem).

A pesar de todos estos términos tan contundentes y deprimentes no piense el lector que Subirats se desentiende de su España. Curiosamente, como ha ocurrido más de una vez de forma ilustre, el tono exacerbadamente crítico que usa, se tañe como un canto a favor de una España que pudo ser y no fue porque se quedó descarriada. Por eso Subirats insiste, creo que con buen criterio, en la busca de esa línea de pensamiento y visión política que reconstruya toda una riqueza, no ya sumergida sino desparramada como vagones descarriados por los páramos castellanos y aragoneses. Sus pesquisas en la España medieval, su respeto por las tradiciones islámica y judía de la península, su recuperación de figuras como un Luis Vives teórico político, su mención de los pensadores sefarditas o su admiración por el Inca Garcilaso son muestra de esta devoción por los verdaderos valores democráticos de la identidad española y portuguesa que él considera urgente reco-

brar. Su dictamen contra “la crueldad autoritaria y el mesianismo cristiano que se ha extendido...[hasta] el siglo veinte” es un punto central y fuertemente político en este libro que ejemplifica la pertinencia de la conversación de la teoría literaria y cultural con la teoría política. Subirats cree en “la posibilidad hermenéutica y la necesidad filosófica de reconstruir críticamente el proceso civilizatorio de la razón occidental en América, y en el así llamado Tercer Mundo en general” (p. 66).

En cuanto a la tonalidad de estos escritos cabe señalar que el libro es, en palabras del propio autor, una serie de “manifiestos” (p. 10); un texto que el autor pretende que sea leído como “un proyecto social y político democrático e igualitario” (Ibidem). Esto hace que la obra parezca escrita un tanto vehementemente, aunque meditada, y en un tono perpetuamente exhortativo que puede llegar a cansar. Como consecuencia de la intención central, el autor acaba valiéndose de algunos rasgos culturales que precisamente está criticando: (i) un globalismo omnipotente en sus presentaciones; (ii) el tono denunciante; (iii) su evidente mesianismo salvador; y (iv), lo que más salta a los ojos de

un lector de FORO INTERNO, una visión superficial de lo político en la que se asocian de un plumazo a Hobbes con Hegel o se ponen a desfilar en menciones pasajeras a Condorcet, Freud, Benjamín, Marx o Jefferson. De hecho, la referencia a Thomas Jefferson es un ejemplo poco loable de este excursionismo caballeresco por el mundo de la teoría política que sin duda le sugiere al autor su tradición española.

Creo que, a pesar de las limitaciones del libro y de sus ansiedades —comprensibles en un autor centrifugado de los centros académicos de su país—, debemos valorar lo mucho que este autor lleva dentro, ya que posee un talento original para la crítica de la cultura muy poco frecuente en España. Un pensador genuino y valioso que, en medio del tráfago de sus conocimientos, nos aporta grandes cosas. Bastaría recordar como muestra su justificada insistencia en la recuperación de *El Zohar: El Libro del Esplendor*, de Moisés de León, y obra fundamental para comprender esa tradición que, con admirable intuición, el autor considera urgente retomar.

JAIME MACABÍAS